

El análisis operacional de los términos psicológicos

B. F. Skinner

Resumen

Las principales contribuciones del operacionismo han sido negativas, en gran medida porque los operacionistas no distinguieron a las teorías lógicas de la referencia de los abordajes empíricos del lenguaje. El conductismo nunca completó una formulación adecuada de los reportes verbales y por tanto no pudo convincentemente incorporar términos subjetivos. Pero las respuestas verbales a los estímulos privados pueden surgir, como productos sociales, a través de contingencias de reforzamiento dispuestas por comunidades verbales.

Para analizar términos psicológicos tradicionales necesitamos conocer sus condiciones estimulares (“encontrar el referente”) y por qué cada respuesta es controlada por esa condición. El reforzamiento consistente de las respuestas verbales en la presencia de estímulos presupone estímulos que actúen tanto sobre el hablante como sobre la comunidad reforzante, pero los términos subjetivos, que parecieran ser respuestas a estímulos privados, no tienen esta característica. Los estímulos privados son físicos, pero no podemos explicar esas respuestas verbales indicando los estímulos controladores, y no hemos mostrado cómo las comunidades verbales pueden establecer y mantener la necesaria consistencia de las contingencias de reforzamiento.

Las respuestas verbales a estímulos privados pueden ser mantenidas a través de un reforzamiento apropiado basado en acompañamientos públicos, o a través de reforzamientos otorgados a respuestas realizadas ante estímulos públicos, con los casos privados sucediendo luego por generalización. Estas contingencias nos ayudan a entender por qué los términos privados nunca han formado un vocabulario uniforme y estable: es imposible establecer vocabularios rigurosos de estímulos privados que puedan destinarse al uso público, porque el reforzamiento diferencial no puede depender de la propiedad de privacidad. El lenguaje de los eventos privados está anclado en las prácticas públicas de la comunidad verbal, que hace a los individuos concientes [aware] al reforzar diferencialmente sus respuestas verbales con respecto a sus propios cuerpos. Tratar a los términos verbales en términos de tales relaciones funcionales entre respuestas verbales y estímulos le proporciona al conductista radical una alternativa al operacionismo de los conductistas metodológicos.

El operacionismo puede definirse como la práctica de hablar sobre (1) las propias observaciones, (2) los procedimientos manipulativos y cálculos involucrados en realizar esas observaciones, (3) los pasos lógicos y matemáticos que intervienen entre las afirmaciones primeras y las últimas, y (4) *nada más*. Hasta ahora, su principal contribución ha surgido de esta cuarta provisión y, como ella, es negativa. Hemos aprendido cómo evitar referencias problemáticas demostrando que son artefactos accidentales que pueden ser variadamente

atribuidos a la historia, filosofía, lingüística, etcétera. No se han realizado avances importantes asociados a las primeras tres disposiciones, porque el operacionismo no tiene una buena definición de una definición, sea operacional o de otro tipo. No ha desarrollado una formulación satisfactoria de la conducta verbal del científico.

Los operacionistas, como la mayoría de los escritores contemporáneos en el campo de la lingüística y el análisis semántico, oscilan entre las teorías lógicas de "correspondencia" y las formulaciones empíricas del lenguaje en uso. No han mejorado la mezcla de términos lógicos y populares que usualmente se encuentran en las discusiones casuales o incluso en las supuestamente técnicas sobre método científico o teoría del conocimiento (e.g., *Investigación sobre el significado y la verdad* de Bertrand Russell, 1940). *Definición* es un término clave, pero no está rigurosamente definido. La afirmación original de Bridgman (1928, pero también véase 1945), de que "el concepto es sinónimo con el conjunto correspondiente de operaciones" no puede ser tomada literalmente, y no hay disponible una explicación de la relación que sea similarmente explícita pero satisfactoria. En cambio, cada vez que se menciona esta relación se repiten con cansada regularidad algunos circunloquios: se nos dice que un concepto se debe definir "en términos de" ciertas operaciones, que las proposiciones deben "basarse sobre" operaciones, que un término denota algo sólo cuando hay un "criterio concreto para su aplicabilidad", que el operacionismo consiste en "definir cualquier concepto refiriéndolo a... operaciones concretas", y así por el estilo. Podemos aceptar expresiones de este tipo como bosquejo de un programa, pero no proporcionan un esquema general de la definición, ni mucho menos una afirmación explícita de la relación entre concepto y operación.

La debilidad de las teorías actuales del lenguaje puede ser trazada al hecho de que aún no se ha completado una concepción objetiva de la conducta humana. La doctrina de que las palabras son usadas para expresar o comunicar significados [*meanings*] lo único que hace es usar "significado" en lugar de "idea" (en la esperanza de que los significados puedan entonces de alguna manera hallarse fuera de la piel), y es incompatible con las concepciones psicológicas modernas del organismo. Los intentos de derivar una función simbólica a partir del principio de condicionamiento (o asociación), se han caracterizado por realizar un análisis muy superficial. Simplemente no es verdadero que un organismo reaccione a una señal "como lo haría frente al objeto que la señal sustituye" (Stevens, 1939). Sólo en un área muy limitada (principalmente la de las respuestas autonómicas), es posible considerar una señal como un estímulo sustitutivo simple en el sentido Pavloviano. La lógica moderna, como una formalización de lenguajes "reales", conserva y amplía esta teoría dualista del sentido y difícilmente pueda apelar a ella el psicólogo que reconoce su propia responsabilidad de dar cuenta de la conducta verbal.

La actitud operacional, a pesar de sus limitaciones, es una buena cosa en cualquier ciencia pero especialmente en psicología, debido a que en ella se presenta un vasto vocabulario de origen antiguo y no científico. No es de extrañar que la amplia tendencia empírica en la filosofía de la ciencia, que Stevens ha demostrado ser el trasfondo del operacionismo, haya tenido una vigorosa y temprana representación en el campo de la

psicología –esto es, el conductismo. A pesar de las diferencias que Stevens afirma haber encontrado, el conductismo ha sido (al menos para la mayoría de los conductistas) nada más que un exhaustivo análisis operacional de los conceptos tradicionales mentalistas. Quizá estemos en desacuerdo con algunas de las respuestas (tales como las disposiciones de imágenes de Watson), pero las *preguntas* realizadas por el conductismo fueron de espíritu estrictamente operacional. Los primeros artículos sobre el problema de la conciencia escritos por Watson, Weiss, Tolman, Hunter, Lashley, y muchos otros, fueron no sólo ejemplos altamente sofisticados de investigación operacional, sino que mostraron una disposición a lidiar con un rango de fenómenos más amplio que los abordajes simplificados actuales, particularmente aquellos ofrecidos por los lógicos (e.g. Carnap, 1934), interesados en un vocabulario científico unificado. Pero el conductismo tampoco llegó a realizar una contribución positiva decisiva –y por la misma razón: nunca completó una formulación aceptable del “reporte verbal”. La conceptualización de conducta que desarrolló no pudo incorporar convincentemente el “uso de términos subjetivos”.

Se obtiene una ventaja considerable si se lidia con términos, conceptos, constructos, y demás, de manera directa en la forma en la que son observados –esto es, como respuestas verbales. En ese caso no hay peligro en incluir en el concepto aquel aspecto o parte de la naturaleza que éste destaca. A menudo se puede evitar este error empleando *término* en lugar de *concepto* o *constructo*. Los significados, contenidos, y referencias pueden hallarse en los determinantes de una respuesta, no en sus propiedades. La pregunta “¿qué es la longitud” parece ser satisfactoriamente contestada enumerando las circunstancias bajo las cuales la respuesta “longitud” es emitida (o mejor aún, dando una descripción general de tales circunstancias). Si se revelasen dos conjuntos de circunstancias bastante separadas, entonces habrá dos respuestas con la forma “longitud”, dado que una clase verbal de respuestas no se define sólo por su forma fonética sino por sus relaciones funcionales. Esto es así incluso si se encontrara que ambos conjuntos de circunstancias están íntimamente conectados. Las dos respuestas no están controladas por los mismos estímulos, sin importar cuán claramente se muestre que los diferentes estímulos surgen de la misma “cosa” .

Lo que queremos saber respecto a muchos términos psicológicos tradicionales es, en primer lugar, las condiciones estimulares específicas bajo las cuales son emitidos (esto se corresponde con “encontrar los referentes”), y en segundo lugar (y esta es una pregunta sistemática mucho más importante), por qué cada respuesta está controlada por su condición correspondiente. Esta última no es una pregunta enteramente genética. El individuo adquiere el lenguaje de la sociedad, pero la acción reforzante de la comunidad verbal continúa jugando un papel importante en el sostenimiento de las relaciones específicas entre respuestas y estímulos que son esenciales para el funcionamiento apropiado de la conducta verbal. Cómo se adquiere el lenguaje es, por tanto, sólo una parte de un problema mucho más amplio.

Podemos describir de manera general las condiciones responsables de la relación “semántica” estándar entre una respuesta verbal y un estímulo particular sin entrar en

detalle en la teoría del reforzamiento. Hay tres términos importantes: un estímulo, una respuesta, y un reforzamiento proporcionado por la comunidad verbal (todos estos términos requieren una definición más cuidadosa que la implicada por su uso actual, pero el argumento que sigue puede ser hecho sin demorarnos en ello). Las interrelaciones significantes entre esos términos pueden ser expresadas diciendo que la comunidad refuerza la respuesta sólo cuando es emitida en la presencia del estímulo. El reforzamiento de la respuesta “rojo”, por ejemplo, es contingente a la presencia de un objeto rojo (la contingencia no necesita ser invariable). Un objeto rojo se convierte así en un estímulo discriminativo, una “ocasión” para la emisión exitosa de la respuesta “rojo”.

Este esquema supone que el estímulo actúa tanto sobre el hablante como sobre la comunidad reforzante; de otra manera la contingencia apropiada no podría ser mantenida por la comunidad. Pero esta condición está ausente en el caso de muchos términos “subjetivos”, que parecen ser respuestas a estímulos *privados*. El problema de los términos subjetivos no coincide exactamente con el problema de los estímulos privados, pero hay una conexión estrecha entre ambos. Debemos conocer las características de las respuestas verbales a los estímulos privados para abordar el análisis operacional del término subjetivo.

La respuesta “Me duele la muela” está parcialmente bajo el control de un estado de cosas al cual sólo el hablante puede reaccionar, ya que nadie más puede establecer la conexión requerida con el diente en cuestión. No hay nada misterioso o metafísica acerca de esto; el hecho simplemente es que cada hablante posee un mundo pequeño pero importante de estímulos privados. Hasta donde sabemos, las respuestas a ese mundo son como las respuestas a eventos externos. Sin embargo, la privacidad da lugar a dos problemas. La primera dificultad es que, a diferencia de lo que sucede con los estímulos públicos, no podemos dar cuenta de la respuesta verbal indicando un estímulo controlador. Nuestra práctica es *inferir* el evento privado, pero esto se opone a la tendencia de investigación de una ciencia de la conducta en la cual predecimos una respuesta a través de un conocimiento independiente del estímulo, entre otras cosas. A menudo se supone que se puede encontrar una solución recurriendo a técnicas fisiológicas mejoradas. Cuando sea posible decir qué condiciones dentro del organismo controlan la respuesta “estoy deprimida”, por ejemplo, y producir esas condiciones a voluntad, será posible alcanzar el grado de control y predicción que es característico de las respuestas a estímulos externos. Entretanto, debemos contentarnos con la evidencia razonable para la creencia de que las respuestas a estímulos públicos y privados son de tipo similar e igualmente sujetas a leyes.

Pero el problema de la privacidad no puede ser completamente resuelto por medio de la invasión instrumental. Sin importar qué tan claramente estos eventos internos sean expuestos en el laboratorio, subsiste el hecho de que en el episodio verbal normal son bastante privados. No hemos resuelto el segundo problema de cómo la comunidad alcanza la contingencia de reforzamiento necesaria. ¿De qué manera la respuesta “dolor de muelas” es reforzada apropiadamente si el agente reforzante no tiene contacto con el diente? Por supuesto, no hay duda de que tales respuestas a estímulos privados son

posibles. Ocurren comúnmente y deben ser explicadas. Pero ¿por qué ocurren, cuál es su relación con los estímulos controladores, y cuáles son sus características distintivas, si es que las hay?

Hay al menos cuatro vías por las cuales una comunidad verbal sin acceso a un estímulo privado puede generar conducta verbal en respuesta al mismo:

1. No es estrictamente verdadero que los estímulos que controlan la respuesta deban estar disponibles para la comunidad. Cualquier acompañamiento razonablemente regular bastará. Considérese, por ejemplo, un ciego que aprende los nombres de los objetos de una bandeja, gracias a un maestro que identifica dichos objetos con su vista. Los reforzamientos son proporcionados o retenidos de acuerdo con la contingencia entre las respuestas del ciego y los estímulos visuales del maestro, pero las respuestas están controladas completamente por estímulos táctiles. Resulta así un sistema verbal satisfactorio, debido a que los estímulos visuales y los táctiles permanecen cercanamente conectados.

De manera similar, en el caso de estímulos privados uno puede enseñar a un niño a decir “eso duele” de acuerdo con el uso de la comunidad, haciendo que el reforzamiento sea contingente a los acompañamientos públicos de los estímulos dolorosos (la fuerza de un golpe, el daño en los tejidos, y así). La conexión entre estímulos públicos y privados no necesita ser invariable; una respuesta puede ser condicionada por reforzamiento intermitente incluso a pesar de una contingencia conflictiva ocasional. La posibilidad de una conducta así está limitada por el grado de asociación de estímulos públicos y privados que proporcionará un reforzamiento neto suficiente para establecer y mantener una respuesta.

2. Una base más común para el reforzamiento verbal de una respuesta a un estímulo privado está suministrada por las respuestas colaterales al mismo estímulo. Aunque un dentista pueda ocasionalmente identificar el estímulo para un dolor de muelas a partir de ciertos acompañamientos públicos tales como en (1), la respuesta “dolor de muelas” generalmente se transmite sobre la base de respuestas que están elicitadas por el mismo estímulo pero que no necesitan ser establecidas por una contingencia ambiental. La comunidad infiere el estímulo privado, no a partir de estímulos públicos que lo acompañan, sino de respuestas colaterales no verbales, generalmente no condicionadas (llevarse la mano a la mandíbula, expresiones faciales, gruñidos de dolor, etcétera). La inferencia no siempre es correcta, y la precisión de la referencia está nuevamente limitada por el grado de asociación.

3. Algunas respuestas muy importantes a estímulos privados son descriptivas de la propia conducta del hablante. Cuando esto es observable, la comunidad basa su reforzamiento instruccional sobre las manifestaciones conspicuas, pero el hablante probablemente adquiere la respuesta en conexión con una plétora de estímulos propioceptivos adicionales. Estos últimos pueden asumir en la práctica un control completo, como al describir la propia conducta en la oscuridad. Esto está muy cercano al ejemplo del ciego; el

hablante y la comunidad reaccionan a estímulos diferentes aunque estrechamente asociados.

Supongamos ahora que una respuesta dada se retira al nivel de conducta encubierta o meramente incipiente. ¿Cómo deberíamos explicar el vocabulario que lidia con este mundo privado? (nuevamente, la detección de la conducta encubierta por medio de instrumentos no es una respuesta válida, porque estamos interesados en cómo las respuestas a estímulos privados son establecidas normalmente, no instrumentalmente). Hay dos importantes posibilidades. La respuesta encubierta que perdura puede ser considerada como un acompañamiento de la respuesta manifiesta (quizá parte de ella), en cuyo caso la respuesta al estímulo privado se imparte sobre la base del estímulo público que proporcionan por las respuestas manifiestas, como en (1). Por otra parte, la respuesta encubierta puede ser *similar a*, aunque probablemente menos intensa que la manifiesta, y por tanto proporciona el *mismo* estímulo, aunque en una forma debilitada. Tenemos entonces una tercera posibilidad: una respuesta puede ser emitida en presencia de un estímulo privado, que no tiene acompañamientos públicos, siempre y cuando sea ocasionalmente reforzada por la presencia del mismo estímulo ocurriendo con manifestaciones públicas.

Los términos que caen en esta clase aparentemente sólo describen conductas, en lugar de otros estados o eventos internos, dado que la posibilidad de que el mismo estímulo sea tanto público o privado (o mejor aún, que pueda tener o carecer de acompañamientos públicos), parece surgir del hecho único de que la conducta puede ser al mismo tiempo encubierta y manifiesta.

4. El principio de transferencia o generalización de estímulos proporciona una cuarta explicación de cómo una respuesta a un estímulo privado puede ser mantenida por reforzamiento público. Una respuesta que es adquirida y mantenida en conexión con estímulos públicos puede ser emitida, a través de la generalización, en respuesta a eventos privados. La transferencia no está basada en estímulos idénticos, como en (3) sino en propiedades coincidentes. De esta manera, describimos estados internos tales como "agitado", "deprimido", "efervescente", y así por el estilo en una larga lista. Todas las respuestas en esta clase son metáforas (incluyendo figuras especiales como la metonimia). El término *metáfora* no se usa peyorativamente sino meramente para indicar que el reforzamiento diferencial no puede aplicarse a respuestas reales al caso privado. Como la etimología sugiere, la respuesta es "trasladada" desde la instancia pública.

En resumen, una respuesta verbal a un estímulo privado puede ser mantenida en vigencia a través de un reforzamiento apropiado apoyado en acompañamientos o consecuencias públicas, como en los casos (1) y (2), o a través de un reforzamiento apropiado otorgado a la respuesta cuando es realizada ante estímulos públicos, con el caso privado ocurriendo por generalización cuando los estímulos son sólo parcialmente similares. Si éstas son las únicas posibilidades (y esta lista se ofrece como exhaustiva), podremos comprender entonces por qué los términos referidos a eventos privados nunca han formado parte de un vocabulario aceptable de uso razonablemente uniforme. Este

hecho histórico es desconcertante para los seguidores de la “escuela de la correspondencia” del significado: ¿Por qué no es posible asignar nombres a los diversos elementos de la experiencia privada y entonces llevar a cabo un discurso consistente y efectivo? La respuesta yace en el proceso por el cual “los términos son asignados a eventos privados”, un proceso que acabamos de analizar de manera general como el reforzamiento de respuestas verbales.

Ninguna de las condiciones que hemos examinado permiten el refinamiento de la referencia que, en el caso de los estímulos públicos, se alcanza por una contingencia de reforzamiento precisa. En (1) y (2) la asociación entre eventos públicos y privados puede ser fallida; los estímulos incorporados por (3) son de amplitud limitada; y la naturaleza metafórica de aquellos en (4) conlleva una falta de precisión. Por tanto, es imposible establecer un vocabulario científico riguroso de uso público, ni tampoco puede el hablante “conocerse a sí mismo”, en el sentido en el cual conocer se identifica como comportarse discriminativamente. En ausencia de la “crisis” proporcionada por el reforzamiento diferencial (una buena parte del cual es necesariamente verbal), los estímulos privados no pueden ser analizados (esto tiene poco o nada que ver con la disponibilidad o capacidad de los receptores).

Las contingencias que hemos examinado tampoco proporcionan un control adecuado contra la distorsión ficcionalizada de la relación de referencia (e.g. como sucede en la racionalización). Los enunciados sobre eventos privados pueden estar bajo control de las deprivaciones asociadas con sus consecuencias reforzantes antes que con los estímulos antecedentes. La comunidad es escéptica de los enunciados de este tipo, y cualquier intento de hablar sobre el propio mundo privado (como al construir sistemas psicológicos) está poblado de autoengaños.

Una buena parte de la ambigüedad de los términos psicológicos surge de la posibilidad de modos alternativos o múltiples de reforzamiento. Considérese, por ejemplo, la respuesta “Tengo hambre”. La comunidad puede reforzar esa respuesta sobre la base de la historia de ingesta, como en (1) o sobre la base de la conducta colateral asociada con el hambre, como en (2), o como una descripción de la conducta con respecto a la comida, o con estímulos previamente correlacionados con comida, como en (3). Además de esto el hablante tiene (en algunas instancias), la poderosa estimulación de puntadas de hambre, que es privada dado que la comunidad no tiene una conexión adecuada con el estómago del hablante. “Tengo hambre” puede por tanto traducirse de maneras varias, tales como “he pasado largo tiempo sin comer” (1), o “esa comida me hace agua la boca” (2), o “estoy hambriento” (3) (comparen con la expresión “tenía más hambre de la que creía”, que describe la ingestión de una cantidad inesperadamente grande de comida) o “tengo puntadas de hambre”. Si bien todas estas son sinónimas de “Tengo hambre”, no son sinónimas entre sí. Es fácil para los sistematizadores psicológicos en conflicto citar casos o entrenar a los hablantes a emitir la respuesta “tengo hambre” de acuerdo con un sistema particular. Usando un balón gástrico uno podría condicionar la respuesta verbal exclusivamente a la estimulación de las contracciones estomacales. Este sería un ejemplo

de los casos citados (1) o (2). O los hablantes podrían ser entrenados para hacer observaciones sutiles sobre la intensidad de su conducta de ingesta, que podrían retroceder a un nivel encubierto como en (3). La respuesta "Tengo hambre" describiría entonces la tendencia a comer, con poca o ninguna referencia a contracciones estomacales. El uso cotidiano refleja un reforzamiento mixto. Se podría hacer un análisis similar de todos los términos descriptivos de motivación, emoción y acción en general, incluyendo (y es de especial interés aquí) los actos de ver, oír y otros tipos de percepción.

Cuando persisten las manifestaciones públicas, nunca está claro en qué grado domina el estímulo privado. En el caso de un dolor de muelas, el evento privado es ciertamente dominante, pero esto es debido a su intensidad relativa, no por una condición de reforzamiento diferencial. En una descripción de la propia conducta, el componente privado puede ser mucho menos importante. Una contingencia externa muy estricta puede enfatizar el componente público, especialmente si la asociación con eventos privados es imperfecta. En un vocabulario científico riguroso los efectos privados son prácticamente eliminados. Lo opuesto no aplica. No hay, al parecer, ninguna manera de hacer depender una respuesta enteramente sobre la parte privada de un complejo de estímulos. *El reforzamiento diferencial no puede ser contingente a la propiedad de privacidad.* Este hecho es de extraordinaria importancia al evaluar términos psicológicos tradicionales.

La respuesta "rojo" es impartida y mantenida (ya sea casual o profesionalmente), por reforzamiento que es contingente a una cierta propiedad de los estímulos. Tanto el hablante como la comunidad (o el psicólogo), tienen acceso al estímulo, y la contingencia puede ser bastante precisa. No hay nada acerca de la respuesta resultante que desconcierte a nadie. La mayor parte de la psicofísica descansa sobre estos sólidos cimientos. Sin embargo la perspectiva psicológica más antigua era que el hablante reportaba, no una propiedad del estímulo, sino una cierta clase de evento privado, la sensación de rojo. Esto se consideraba como la etapa final de una serie que comenzaba con el estímulo rojo. Se suponía que el experimentador manipulaba el evento privado por medio de manipular el estímulo. Esto parece una distinción ociosa, pero en el caso de algunos sujetos una etapa final similar podía aparentemente generarse de otras formas (evocando una "imagen"), y por tanto la autonomía de un evento privado capaz de evocar la respuesta "rojo" en ausencia de un estímulo rojo controlable parecía demostrada. Una demostración adecuada, por supuesto, requiere eliminar otras posibilidades (por ejemplo, que la respuesta sea generada por los procedimientos dirigidos a generar la imagen).

Cualquier ciencia adecuada de la conducta debe poder dar cuenta de la conducta verbal de "describir imágenes". Las dificultades son las mismas tanto para el conductista como para el subjetivista. Si los eventos privados son libres, una descripción científica es imposible en cualquier caso. Si pueden descubrirse leyes, entonces es posible una descripción ordenada de la conducta verbal, con o sin referencia a imágenes. Eso es todo sobre la parte de "encontrar los referentes"; el problema restante de cómo tales respuestas son mantenidas en relación a sus referentes también se puede solucionar. La descripción de una imagen parece ser un ejemplo de una respuesta a un estímulo privado

de la clase (1) antedicha. Es decir, los términos relevantes son establecidos cuando el evento privado acompaña a un estímulo externo controlable, pero las respuestas ocurren luego en otros momentos, quizá en relación con el mismo evento privado. Las deficiencias de un vocabulario de esta índole ya han sido señaladas.

Podemos dar cuenta de la respuesta “rojo” (tan bien como de la “experiencia” de rojo), apelando a condiciones de reforzamiento anteriores. Pero ¿qué hay de expresiones expandidas tales como “Vejo rojo” o “Soy conciente de rojo”? Aquí “rojo” puede ser una respuesta a un estímulo privado sin importar el resto de la expresión, pero “ver” y “conciente” parecen referirse a eventos que son por naturaleza o definición privados. Esto viola el principio de que el reforzamiento no puede ser contingente a la privacidad de un estímulo. Una referencia no puede destilarse a un evento específicamente privado por ningún método conocido de reforzamiento diferencial.

La hipótesis conductista original era, por supuesto, que los términos de este tipo eran descripción de la propia conducta (generalmente encubierta). La hipótesis explica el establecimiento y mantenimiento de los términos proporcionando contrapartes naturales públicas en conductas manifiestas similares. Los términos en general son de la clase (3) anteriormente descrita. Una consecuencia de la hipótesis es que a cada término puede dársele una definición conductual. Debemos, sin embargo, modificar ligeramente el argumento. Decir “Vejo rojo” no es reaccionar al rojo (este es un significado trivial de “ver”), sino a la propia reacción al rojo. “Ver” es un término adquirido respecto a la propia conducta en tanto respuestas manifiestas disponibles a la comunidad, pero de acuerdo con el presente análisis puede evocarse en otros momentos por medio de *cualquier acompañamiento privado* de la conducta manifiesta de ver. Esto ofrece un punto en el cual un ver privado no-conductual podría introducirse. Aunque el acompañamiento privado más común pareciera ser la estimulación que persiste en un acto similar encubierto, como en (3), podría ser algún tipo de estado o condición que gane control de la respuesta, tal como en (1) o (2).

La superioridad de la hipótesis conductual no es meramente metodológica. Ese aspecto del ver que puede definirse conductualmente es básico para el término tal como fue establecido por la comunidad verbal y por lo tanto es más efectivo en el discurso público. Una comparación de los casos (1) y (3) también demostrará que los términos que retroceden a un nivel privado, a medida que la conducta manifiesta se vuelve encubierta, tienen una óptima precisión de referencia, hasta donde es posible tratándose de respuestas a estímulos privados.

Se desprende naturalmente la hipótesis adicional de que ser conciente [*conscious*], como forma de reaccionar a la propia conducta, es un producto social. La conducta verbal puede ser distinguida, y convenientemente definida, por el hecho de que las contingencias de reforzamiento son proporcionadas por otros organismos, en lugar de serlo por una acción mecánica sobre el ambiente. La hipótesis equivale a decir que sólo porque la conducta del individuo es importante para la sociedad es que la sociedad a su vez hace que sea importante para el individuo. Uno se vuelve conciente [*aware*] de lo que uno está haciendo

sólo luego de que la sociedad ha reforzado las respuestas verbales con respecto a la propia conducta como fuente de estímulos discriminativos. La conducta a describir (la conducta de la que uno es conciente), puede luego retroceder a un nivel encubierto, y (agregando una dificultad adicional) también puede hacerlo la respuesta verbal. Resulta irónico, considerando la historia de la revolución conductual, que a medida que desarrollamos un vocabulario efectivo más adecuado para el análisis de la conducta también expandimos las posibilidades de la conciencia [awareness] así definida. La psicología del otro es, después de todo, una forma directa de “conocerse a sí mismo”.

El propósito principal de esta discusión ha sido definir una definición por medio de considerar un ejemplo. Para ser consistente, los psicólogos deben lidiar con sus propias prácticas verbales desarrollando una ciencia empírica de la conducta humana. No pueden, desafortunadamente, unirse a los lógicos definiendo a una definición, por ejemplo, como una “regla para el uso de un término” (Feigl, 1945); en cambio, deben volverse hacia las contingencias de reforzamiento que dan cuenta de la relación funcional entre un término, en tanto respuesta verbal, y un estímulo dado. Esta es la “base operacional” para su uso de los términos, y no es lógica sino ciencia.

Los filósofos dirán que esto es circular. Argumentarán que para realizar e interpretar los experimentos requeridos en una ciencia empírica de la conducta humana debemos adoptar las reglas de la lógica. Pero hablar sobre hablar no es más circular que pensar sobre pensar o conocer sobre conocer. Sea o no que estemos haciéndonos pie a nosotros mismos, el simple hecho es que *podemos* hacer avances en un análisis científico de la conducta verbal. Eventualmente seremos capaces de incluir, y tal vez entender, nuestra propia conducta verbal como científicos. Si resulta que nuestra visión final de la conducta verbal invalida la estructura científica según el punto de vista de la lógica y el valor de verdad, entonces peor para la lógica, que también habrá sido abarcada por nuestro análisis.

Algunas consideraciones posteriores sobre el conductismo metodológico y radical

En el verano de 1930, dos años después de la publicación de *The Logic of Modern Physics*, de Bridgman, escribí un artículo titulado “*El Concepto del Reflejo en la Descripción de la Conducta*” (Skinner, 1931), luego ofrecido como la primera mitad de una tesis doctoral. Aunque el método general, particularmente el abordaje histórico, fue derivado de *The Science of Mechanics* (1893) de Mach, mi deuda para con Bridgman fue reconocida en el segundo párrafo. Esta fue, creo, la primera publicación psicológica conteniendo una referencia a *The Logic of Modern Physics* (1928), y fue el primer análisis explícitamente operacional de un concepto psicológico.

Poco tiempo después de que el artículo estuviese terminado, me encontré contemplando un examen doctoral ante un comité de cuyas simpatías no estaba muy seguro. No queriendo esperar hasta que pudiera ser necesaria una rendición incondicional, lancé una propuesta de paz. Desatento o ignorante de la ética de la academia, le sugerí a un miembro del departamento de Harvard que, si se me eximía de un examen detallado, el

tiempo que hubiese empleado en prepararme sería dedicado a un análisis operacional de una media docena de términos clave de la psicología subjetiva. La sugerencia fue recibida con tal asombro atónito que no insistí con mi propuesta de paz.

El punto que quiero hacer es que en ese momento –1930– consideraba que un análisis operacional de los términos subjetivos era un *mero ejercicio de método científico*. Era solo un poco de trabajo de rutina, muy necesario para la psicología tradicional, que estaba dispuesto a realizar como un servicio público o como expiación de mis pecados. Nunca se me ocurrió que el análisis pudiese hacerse de otra manera o tener alguna relación con mis propios prejuicios. El resultado parecía tan predeterminado como el de un cálculo matemático.

Todavía sostengo esa opinión. Creo que los datos de una ciencia de la psicología pueden ser definidos o denotados inequívocamente, y que puede demostrarse que algún conjunto de conceptos es más conveniente según los estándares usuales de la práctica científica. Sin embargo, estas cosas no han sido llevadas a cabo en el campo que estuvo dominado por la psicología subjetiva, y la cuestión es ¿por qué no?

La psicología, a diferencia de las ciencias biológicas y sociales, atravesó una revolución comparable en muchos aspectos con la que estaba ocurriendo al mismo tiempo en la física. Esta fue, por supuesto, el conductismo. El primer paso, como en la física, fue una reexaminación de las bases observacionales de ciertos conceptos importantes. Pero para cuando se publicó el libro de Bridgman, la mayoría de los primeros conductistas, así como aquellos recién llegados que reclamábamos alguna continuidad sistemática, habíamos comenzado a ver que la psicología en realidad no requería la redefinición de conceptos subjetivos. La reinterpretación de un conjunto establecido de ficciones explicativas no era el camino para asegurar las herramientas necesarias para una descripción científica de la conducta. Su prestigio histórico era irrelevante. No había más razones para hacerle un lugar permanente a términos como “conciencia”, “voluntad” o “sentimiento”, que las que había para términos como “flogisto” o “*vis anima*”. Al contrario, los conceptos redefinidos resultaron ser incómodos e inapropiados, y el Watsonianismo resultó, de hecho, prácticamente arruinado en el intento de hacerlos funcionar.

Así sucedió que, aunque los conductistas podrían haber aplicado el principio de Bridgman a términos representativos de una psicología mentalista (y tenían la competencia para hacerlo), habían perdido todo interés en el asunto. Bien podrían haber pasado su tiempo demostrando de qué hablaba un químico del siglo XVIII cuando decía que las sustancias metálicas consistían en una tierra vitrificable unida con flogisto. No había duda de que tal afirmación podía ser analizada operativamente o traducida a términos modernos, o que los términos subjetivos podían definirse operativamente, pero tales asuntos fueron de interés histórico únicamente. Lo que se quería era un conjunto nuevo de conceptos derivados de un análisis directo de los datos recientemente enfatizados, y esto fue suficiente para absorber todas las energías disponibles de los conductistas. Además, la motivación del *enfant terrible* se había agotado.

Creo que en el departamento de Harvard habrían sido más felices si hubiesen aceptado mi oferta. En cambio, lo que ocurrió fue el operacionalismo de Boring y Stevens. El mismo ha sido descrito como un intento subrepticio de subirse al carro del conductismo. No estoy de acuerdo. Es un intento de reconocer algunas de las afirmaciones más potentes del conductismo (que ya no podían ser negadas), pero preservando al mismo tiempo las viejas ficciones explicativas. Acuerda con que los datos de la psicología deben ser conductuales en lugar de mentales si la psicología ha de ser parte de las Ciencias Unificadas, pero la posición adoptada es meramente la del conductismo "metodológico". Según esta doctrina, el mundo se divide en eventos públicos y privados; y la psicología, para cumplir con los requisitos de una ciencia, debe limitarse a los primeros. Eso nunca fue buen conductismo, pero era una posición fácil de exponer y defender, y a menudo los propios conductistas recurrieron a ella. Es la menos objetable para el subjetivista porque le permite conservar la "experiencia" a fines del autoconocimiento "nofisicalista".

La posición no es genuinamente operacional porque muestra una renuencia a abandonar ficciones. Es como decir que, aunque el físico debe ciertamente limitarse al tiempo einsteniano, *sigue siendo verdadero* que el tiempo absoluto newtoniano fluye "uniformemente sin relación con nada externo". Es una especie de *E pur si muove* al revés. Lo que le falta es la audaz y excitante hipótesis conductista de que lo que uno observa y sobre lo que uno habla es siempre el mundo "real" o "físico" (o al menos el mundo "único") y que "experiencia" es un constructo derivado que debe entenderse solo a través de un análisis de los procesos verbales (y no, por supuesto, meramente vocales).

Quizá valga la pena considerar cuatro de las principales dificultades que surgen de la distinción público-privado:

1. La relación entre los dos conjuntos de términos que son requeridos ha resultado ser confusa. El par más frecuentemente discutido es "discriminación" (público) y "sensación" (privado). ¿Es uno lo mismo que el otro, o reductible al otro, y así? Una solución satisfactoria parecería ser que los términos pertenecen a sistemas conceptuales que no están necesariamente relacionados en una correspondencia punto a punto. La cuestión no es igualar los términos o sus referentes, ni de reducir uno al otro, sino meramente una cuestión de traducción –y un solo término de uno de los conjuntos puede requerir un párrafo en el otro.

2. La distinción público-privado enfatiza la árida filosofía de "la verdad por acuerdo". Lo público, de hecho, resulta ser simplemente aquello sobre lo que se puede llegar a un acuerdo porque es común a dos o más personas que acuerdan. Esta no es una parte esencial del operacionalismo; al contrario, el operacionalismo nos permite prescindir de esta solución insatisfactoria del problema de la verdad. Los desacuerdos a menudo pueden aclararse por medio de definiciones, y las definiciones operacionales son especialmente útiles, pero el operacionismo no se ocupa primariamente de la comunicación o en las disputas. Es uno de los principios más esperanzadores precisamente porque no lo hace. Un habitante solitario de una isla desierta podría llegar a definiciones operacionales (siempre que haya sido previamente equipado con un repertorio verbal adecuado). El criterio último

para la validez de un concepto no es si dos personas pueden ponerse de acuerdo, sino si el científico que usa el concepto puede operar con éxito sobre su material –en soledad si es necesario. Lo que le importa a Robinson Crusoe no es si está de acuerdo consigo mismo, sino si está avanzando con su control sobre la naturaleza.

Es comprensible por qué el psicólogo subjetivo enfatiza tanto el acuerdo. En otra época era un deporte favorito cuestionarlo sobre las correspondencias intersubjetivas. "¿Cómo sabes que la sensación de verde de O es la misma que la de E?" Y así. Pero el acuerdo por sí solo significa muy poco. Varias épocas en la historia de la filosofía y la psicología han visto un acuerdo completo sobre la definición de términos psicológicos. Esto brinda satisfacción pero no progreso. El acuerdo probablemente se rompa en cuanto alguien descubra que un conjunto de términos no funciona realmente, quizás en algún campo hasta entonces descuidado, pero esto no hace del acuerdo la clave de la viabilidad [*workability*]. Por el contrario, es al revés.

3. La distinción entre público y privado no es de ninguna manera igual a la distinción entre físico y mental. Es por eso que el conductismo metodológico (que adopta la primera) es muy diferente del conductismo radical (que elimina el último término de la segunda). El resultado es que, mientras que el conductista radical puede, en algunos casos, considerar eventos privados (inferencialmente, quizás, pero no obstante de manera significativa), el operacionista metodológico se ha colocado en una posición en la que no puede hacerlo. "La ciencia no considera datos privados", dice Boring (1945). Sin embargo, yo sostengo que mi dolor de muelas es tan físico como mi máquina de escribir, aunque no sea público, y no veo por qué una ciencia objetiva y operativa no puede considerar los procesos a través de los cuales se adquiere y mantiene un vocabulario descriptivo de un dolor de muelas. La ironía es que, mientras Boring debe limitarse a un relato de mi conducta externa, yo sigo interesado en lo que podría llamarse Boring-desde-adentro.

4. La distinción público-privado aparentemente lleva a un análisis lógico, en lugar de uno psicológico, de la conducta verbal del científico, pero no veo por qué debería ser así. Quizás sea porque el subjetivista sigue sin estar interesado en los términos, sino en lo que los términos solían representar. El único problema que una ciencia de la conducta debe resolver en relación con el subjetivismo está en el campo verbal. ¿Cómo podemos dar cuenta de la conducta de hablar sobre eventos mentales? La solución debe ser psicológica, en lugar de lógica, y he intentado sugerir un enfoque así en mi presente trabajo.

La confusión que parece haber surgido del operacionismo –un principio que se suponía que eliminaría la confusión– es desalentadora. Pero pensándolo de nuevo pareciera que la posibilidad de un operacionismo genuino en psicología aún no ha sido completamente explorado. Con un poco de esfuerzo puedo recapturar mi entusiasmo de hace algunos años. (Este es, por supuesto, un evento privado).

Referencias

- Boring, E. G., Bridgman, P. W., Feigl, H., Pratt, C. C., & Skinner, B. F. (1945). Rejoinders and second thoughts. *Psychological Review*, 52(5), 278–294.
<https://doi.org/10.1037/h0063275>
- Boring, E. G. (1945) The use of operational definitions in science. *Psychological Review*. 52:243-45
- Bridgman, P. W. (1928). *The logic of modern physics*. Macmillan
- Bridgman, P. W. (1945). *Some general principles of operational analysis*. *Psychological Review*. 52:246-49.
- Carnap, R. (1934). *The unity of science*. K. Paul, Trench, Trubner & Co.
- Day, W. F. (1969). On certain similarities between the Philosophical investigations of Ludwig Wittgenstein and the operationism of B. F. Skinner. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 12(3), 489–506.
- Díaz, A. C. (2004). ¿Fue Wittgenstein un conductista? La necesidad de criterios públicos para el juego de lenguaje de lo “interno” y sus implicaciones para la Psicología. *Athenea Digital*, 30(6), 13–30.
- Feigl, H. (1945) Operationism and scientific method. *Psychological Review*. 52:250-59.
- Leigland, S. (2014). Contingency horizon: On private events and the analysis of behavior. *Behavior Analyst*, 37(1), 13–24. <https://doi.org/10.1007/s40614-014-0002-5>
- Russell, B. (1940). *An inquiry into meaning and truth*. C. Allen & Unwin.
- Schlinger, H. D. (2013). A functional analysis of psychological terms redux. *The Behavior Analyst*, 36(2), 255–266.
- Skinner, B. F. (1931). The concept of the reflex in the description of behavior. *Journal of General Psychology*, 5, 427–458.
- Skinner, B. F. (1957). *Verbal Behavior*. Prentice-Hall.
- Skinner, B. F. (1974). *About behaviorism*. Random House.
- Skinner, B. F. (1979). *The Shaping of a Behaviorist*. Knof.
- Stevens, S. S. (1935). The Operational Basis of Psychology. *The American Journal of Psychology*, 47(2), 323. <https://doi.org/10.2307/1415841>
- Stevens, S. S. (1939) *Psychology and the science of science*. *Psychological Bulletin*, 36:221-63.
- Törneke, N. (2017). *Metaphor in Practice*. Context Press.
- Verhaegh, S. (2021). Psychological operationisms at Harvard: Skinner, Boring, and Stevens. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 57(2), 194–212.
<https://doi.org/10.1002/jhbs.22071>
- Wittgenstein, L. (2014). *Observaciones filosóficas*. Editorial Gredos.